



Dos ciudadanos pasan ante una de las terrazas recogidas de un establecimiento de hostelería cerrado, en la Plaza Mayor. JAVIER BARBANCHO

## Rebelión vecinal por la ampliación de las terrazas

Las asociaciones se muestran «radicalmente en contra» del acuerdo de Villacís y hosteleros

**PABLO R. ROCES MADRID**  
«Buena acogida». Ésa era la valoración en la que coincidían el Ayuntamiento de Madrid y los hosteleros de la ciudad tras su reunión. Sobre la mesa, la ampliación del espacio y el horario de las terrazas durante el proceso de desescalada, que para los bares podría comenzar el próximo 11 de mayo con un 30% de su aforo en el exterior. Pero en la ecuación faltaba un tercer factor: los vecinos.

Unos vecinos que se muestran «radicalmente en contra», según las asociaciones con las que se ha puesto en contacto EL MUNDO, de esta medida en las zonas de la capital con mayor densidad de negocios de restauración. «No se puede disponer del espacio público sólo

para la hostelería», señala Esteban Benito, presidente de la Asociación de Vecinos de Chueca.

Es ésta una agrupación vecinal que ya expresó su rechazo a la medida mediante un comunicado conjunto de la Coordinadora de Asociaciones de Vecinos Madrid Centro. «Esta pandemia no les da derecho a disponer de nuestro espacio público ni de nuestra salud, la cual parecen tener, ustedes [los hosteleros] y algunos políticos del Ayuntamiento de Madrid, en tan poca estima», indican en un escrito en el que remiten a la Zona de Protección Acústica (ZPAE) como base de sus quejas. «Iremos a las instituciones que haga falta a pedir amparo y tomaremos responsabili-

dades, incluidas las penales», asegura Benito a este diario.

Si uno se desplaza al distrito contiguo, Chamberí, la reacción vecinal es similar. «No estamos dispuestos al cierre de calles o a que nos quiten líneas de aparcamientos en nuestra zona para poner terrazas», apunta Pilar Rodríguez, portavoz de la Asociación Vecinal El Organillo, que ya ha solicitado una reunión con el concejal de distrito, Javier Ramírez, para exponer su negativa a la ampliación de las terrazas. «Vamos a pasar del silencio actual a tener más ruido del que ya teníamos antes, que era insostenible», argumenta.

En Chamberí, los vecinos fijan además la vista en una de las zonas gastronómicas más concurridas de la ciudad: la calle de Ponzano. «Es una zona en la que ahora mismo no hay terrazas y ya es insostenible el ruido, ¿nos van a quitar las aceras y los aparcamientos también a tener más ruido ahí y vamos a tener 24 horas de terrazas en esta ciudad?», protestan desde la agrupación, al tiempo que afirman estar «indignados» ante las propuestas del Consistorio y de los hosteleros de la capital.

Menos beligerantes se muestran en la Asociación de Vecinos de Retiro Norte, donde piden que «se ana-

### UNA DESESCALADA «CON MÁS DUDAS QUE CERTEZAS»

El alcalde de Madrid, José Luis Martínez-Almeida, criticó ayer el plan de desescalada del Gobierno central porque arroja «más dudas que certezas» y, en su opinión, deja a los ciudadanos «sumidos en más confusión e incertidumbre». «Sin GPS y sin hoja de ruta va a ser muy difícil que podamos recuperar la confianza y que podamos salir adelante», apuntó el regidor tomando el comentario del presidente, Pedro Sánchez, durante la presentación de que el proyecto de desescalada «no tiene GPS».

Almeida afeó asimismo al Ejecutivo que haya realizado un plan «únicamente desde la Moncloa» y señaló que «tiene que contar con todos los sectores», entre los que incluyó a los partidos políticos, las organizaciones empresariales, los sindicatos, la sociedad civil y otros agentes productivos.

lice calle por calle» la situación a la hora de tomar una decisión. Sin embargo, las ampliaciones de horario tampoco son de su agrado. «Vamos a ser flexibles con la temporada de verano porque muchos hosteleros también son vecinos, pero estamos absolutamente en contra de que se amplien más los horarios», explica su portavoz, Félix Sánchez.

Este portavoz resalta que la asociación «escuchará las propuestas» de la corporación y del sector, pero advierte de que «una situación excepcional no puede convertirse en norma». «Todos necesitamos ayuda, pero en esta ciudad las normas temporales se vuelven perpetuas y no se puede alterar el descanso de los vecinos», incide en la misma línea que el resto de agrupaciones, donde también coinciden en «no perder espacios verdes y zonas de descanso para los vecinos».

Ese punto es el que más preocupa en la Asociación Vecinal Nuevo Legazpi del distrito de Arganzuela. «La ampliación de espacio se podría negociar y escuchar lo que quieren hacer pero, si supone quitar zonas verdes para nuestros vecinos, como ya se ha hecho en la calle Onice, donde las terrazas ocupan todo, nos oponemos totalmente», remarca Lola Martínez en su función de portavoz sobre esa zona en el barrio de Los Metales.

Desde la corporación municipal, no obstante, «se continúa estudiando» el plan de ampliación, como han reconocido en diversas ocasiones el alcalde, José Luis Martínez-Almeida, y la vicealcaldesa, Begoña Villacís, que han abogado por encontrar una solución «de consenso» para reactivar la economía del sector hostelero en la capital. «Estamos ultimando la propuesta», indican en el Palacio de Cibeles.

Pero entre las asociaciones vecinales se extiende la desconfianza hacia el Consistorio. «Con nosotros no se ha puesto nadie en contacto para pedirnos nuestra opinión», argumentan desde las agrupaciones. «Estamos a favor de que se recuperen las actividades económicas, pero la vía pública es la que es y no se puede llenar de negocios de hostelería cuando hay una normativa clara», concluye Esteban Benito.

## De auxiliar a locutora de bingo en Ifema

Daniela Amaya se ha dedicado a amenizar a los pacientes del hospital con juegos de azar

**ANA DEL BARRIO MADRID**  
«75, 7, 5. ¿Quién me da línea? La línea está caliente». No, no estamos en el bingo Las Vegas, sino en el hospital de campaña de Ifema. Daniela Amaya deja durante unos minutos su traje de auxiliar de enfermería, para enfundarse el de locutora de bingo. «El 14. ¿Quién tiene el 14?», pregunta a los pacientes ingresados

por coronavirus en el hospital levantado en el recinto ferial de Madrid.

La historia de Daniela es la de decenas de voluntarios que se plantaron en Ifema el día 21 de marzo para ayudar. No se conformaron con ser enfermeros, sino que se han desvivido por los 4.000 pacientes de coronavirus que han pasado por este hospital que mañana cierra sus puertas.



Daniela Amaya, con una enferma y un peluche de premio del bingo en Ifema. E. M.

«No he sido sólo personal sanitario. He estado con los enfermos para reír y para llorar. Ante todo he sido persona y he podido sacar una sonrisa a muchos pacientes porque soy muy payasa», relata con satisfacción.

Daniela, de 21 años, estudia Anatomía Patológica y, por la mañana, tiene exámenes online de biología molecular. Por las tardes, trabaja de auxiliar de Enfermería en Ifema. Y, durante sus descansos, en lugar de reposar, se dedica a organizar juegos para entretener a los pacientes.

Enseguida, se dio cuenta de que el aburrimiento convertía las jornadas de los enfermos de coronavirus en un calvario. Sin televisión y sin poder recibir visitas de sus familiares, la mayoría se mantenía absorta con el móvil durante horas.

# 100.000 multas y 1.000 detenidos al saltarse el aislamiento en Madrid

Balance policial de las sanciones impuestas desde el 15 de marzo tras un millón de identificados

LUIS F. DURÁN MADRID

La Comunidad de Madrid alcanzó ayer miércoles las 100.000 multas por incumplir el estado de alarma decretado el pasado 15 de marzo, según los datos recabados por la Delegación de Gobierno de Madrid. Casi el 80% de estas sanciones corresponden a la capital, siendo los distritos más infractores los de Vallecas, Centro y Carabanchel. Asimismo, también se han superado el millar de personas detenidas tras más de un millón de identificaciones en un total de 43 días.

Desde que se acordaron las medidas de confinamiento, las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad han identificado en total a 1.024.447 personas y han arrestado a 1.080 individuos por actos de desobediencia o resistencia a la autoridad penalmente

cular, frente a las 448 de anteaer.

Asimismo, la Policía Municipal de Madrid interpuso anteayer un total de 581 propuestas de sanción por incumplir el estado de alarma, interceptó 36 coches cuyo conductor no justificó debidamente su salida y detuvo a dos personas por desobediencia a la autoridad, según el Ayuntamiento de Madrid.

Se trata de 123 sanciones más que el lunes y el mismo número de arrestados. Los distritos con más intervenciones este martes fueron una vez más Puente de Vallecas, seguido de Carabanchel y Fuencarral.

Desde el inicio del estado de alarma el 15 de marzo, la Policía Municipal ha interpuesto más de 28.112 propuestas de sanción, 175 arrestados y 2.587 coches interceptados, incluyendo los datos del operativo especial de control por carretera para evitar desplazamientos indebidos en Semana Santa, que fue la época con más multas. También en los mismos días la Policía Nacional acumula más sanciones, 33.334, y una cifra de 753 detenidos.

Entre los últimos arrestados está un matrimonio que iba en un coche con un bebé de siete meses y que pretendía sacar un kilo de heroína de la Cañada Real Galiana, según Jefatura Superior de Policía de Madrid. La intervención fue realizada por los agentes de la comisaría del distrito de Villa de Vallecas, que instalaron un control para dar cumplimiento al estado de alarma. Ante la actitud nerviosa y las explicaciones incoherentes de los adultos sobre el motivo del desplazamiento, los policías decidieron registrar el interior del vehículo. Los agentes encontraron en el respaldo del copiloto dos envoltorios que contenían casi un kilogramo de heroína.

## Un matrimonio que iba con un bebé fue arrestado con un kilo de heroína

punibles. Asimismo, se han practicado 102.176 propuestas de sanción en virtud de la Ley Orgánica de Seguridad Ciudadana y se han interceptado un total de 31.895 coches en la vía públicas en toda la región.

Sólo el pasado martes, las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad identificaron en la Comunidad de Madrid a un total de 33.145 personas en la vía pública, practicaron 2.292 propuestas de sanción, 736 más que el lunes, y 14 detenciones (el doble que el lunes), e interceptaron 998 vehículos sin autorización para cir-

Por eso, un buen día, Daniela decidió llevarse al hospital un bingo que tenía en casa. «Poco a poco, se fueron sumando más compañeros y nos íbamos pasando el bombo con las bolas. En cada control, unas 50 personas jugaban un bingo porque, todos a la vez, iba a ser un jaleo», explica Daniela, nacida en Cádiz.

La distracción fue surtiendo su efecto: «Les animaba mucho. Había una señora que se encontraba mal y mejoró mucho con el bingo. Cuando llegamos con los peluches, se pusieron locos de contentos», asegura.

En un principio, Daniela trajo sus cartones de casa. Sin embargo, cuando tuvieron noticia de lo que estaba pasando, desde el bingo Las Vegas enviaron decenas de miles de cartones y cientos de peluches. «Al fin y al

cabo nosotros nos dedicamos a repartir ilusión. Si hemos conseguido hacer más llevadera su estancia, ha sido maravilloso», dice Alexander Albor, director del bingo Las Vegas.

Las tardes no sólo se amenizaron con este juego de azar, sino también con manualidades y bailes improvisados al ritmo de *Resistiré*.

Pero no todo ha sido un camino de rosas. Ha habido momentos duros. A Daniela todavía le duelen en el alma las dos pacientes que no pudo salvar o cuando se rompió y se derumbó con la música de Amaral durante la clausura del pabellón 7. Ahora, que ya sólo quedan 43 enfermos en Ifema, Daniela siente tristeza de que el hospital cierre mañana: «Tengo mucha pena, no he pedido ni librar. Quiero estar hasta el fin».



Un local del centro de Madrid donde una enredadera crece por encima de sus posibilidades. ANTONIO LUCAS

La normalidad se ha convertido en un arte marginal y minoritario. Ha sido eliminada casi enteramente de nuestra vida. Esta mañana se ha estropeado el termo eléctrico, no dispensa caudal de agua caliente. La rebelión de las máquinas es lo que más asusta. Van a cambiar muchas cosas, lo presiento: unas por prematuras y otras por tardías. Resulta difícil ponerse a carburar en la mañana cuando hasta las pequeñas comodidades enseñan los dientes. Las cifras del puto virus también son tercas. La Historia no se contenta con relatar sus hazañas, sino que se empeña en revivir siempre las peores, las que mejor chocan puntualmente contra nosotros. Me ducho con agua fría antes de tiempo. Lo que parece salud en verdad es derrota. Cuadragésimo octavo día de confinamiento.

Bajo a la calle pronto a por productos de limpieza. Qué mundo se nos está quedando. Limpio y enfermo. Depurado y abatido. Pulcro y malicioso. Algunas madres y algunos padres pasean con su prole y en ese caminar detecto más rutina que emoción. Un uso desgastado de las instalaciones. Avanzo por la calle de Vergara y giro a la izquierda por la calle de la Unión. Solitaria. Sonora. El sol le cae de canto a media altura. A la mitad, más o menos, había un restaurante que hoy es una enredadera. La planta existía, pero la veo con más furor. Una fuerza casi abrasadora. La naturaleza se desborda hoy hasta en los tiestos. Esa violencia física es un ajuste de cuentas y además embellece. Quizá no ha crecido tanto, pero me gusta fantasear que hace como los jabalíes y los corzos, quebrar sus propias normas y exhibirse con confianza en zona hostil—como hago yo—sobre este fondo preciso e irreal. Son las 11.25 h.

La enredadera ha *tapiado* uno de los ventanales. La vegetación llega hasta la acera y es un espectáculo, una desobediencia civil. Esta dejadez está llena de vida. Incluso de alegría. Es un abandono vegetal que saca contra la calle su capa verde de ir de

fiesta. Su fuerza no es violenta. Al súper llevo como si saliese de visita, aunque no conozco a nadie. Hay más gente de lo esperado. Más ruido. Más despreocupación o fatiga. No lo sé. Esta confluencia de cuerpos es un relajado descuido. Espero un rato fuera, disimulando con torpeza, y se nota.

De regreso hablo con un compañero del periódico. Hay una inquietud general, como en tantos lugares. El oficio. El periodismo. Esa fruta que es un poco nuestra vida y empieza una nueva tirtona. Son las 12.36 h. En los recados no estoy enteramente cómodo. Casi nunca me detengo, si acaso hago una foto imprevista con el móvil como si robase algo. No es como antes. Nada se parece ya a lo que era salir de casa. Voy realquilado en mis zapatos, con ganas de llegar y guardarlos de nuevo en el cuarto de la cuarentena. Pero también me olvidó. Normalizarlo será cuestión de tiempo. Todas las claudicaciones empiezan por una costumbre. Y la costumbre suele anular el poder de la vista.

De comer hay gazpacho.

Leo un ensayo de Octavio Paz sobre Sartre, dos divos encarnados. Es un ensayo, pero es una autopsia. Dice Paz que la fuerza intelectual de Sartre decaía cuando desplegaba demasiadas opiniones de un solo tema. Si llega a vivir esto de ahora flipa.

A las 18.44 h. el fotógrafo Kike Carbajal envía al mail una selección de retratos que hizo a una comunidad de pigmeos en aldeas de Camerún ausentes de los mapas. Tienen una potencia insólita. Mujeres y hombres con las mismas costumbres cazadoras y recolectoras desde hace 50.000 años. «Pero su forma de vida atávica está siendo destruida por la deforestación. Por el dinero. Por la prostitución. Por el alcohol. Fui con una ONG a recopilar sus narraciones orales, de las que no hay registro, para que no se pierdan». Viven ajenos al coronavirus.

Los pigmeos hacen como nosotros. Calentarse las manos con palabras. Avivarse la vida con historias. Esperar. Aquí las ocho.



INQUILINO DEL KM 0 (48)

ANTONIO LUCAS  
*Naturaleza salvaje*

En la calle de la Unión había un restaurante que ahora es una enredadera. La naturaleza se desborda hoy hasta en los tiestos